

cia; imitando a Aquel que, siendo el Criador y dueño de todas las cosas, quiso ser pobre y trabajar corporalmente para ganar un grosero y mezquino alimento. ¡Dichosos los pobres resignados! ¡Dichosos los pobres voluntarios y por eleccion! Pero, ¡desgraciados los que se vuelven contra Dios y sus prójimos, a causa de la pobreza! Estos infelices tendrán dos infiernos.

---

## CAPITULO V.

### LAS GENTES DEL CAMPO.

Estas gentes, en el órden temporal, son mas felices que los ricos y poderosos cortesanos. Acostumbrados a la soledad y a la monotonía de la vida, están libres de mil necesidades facticias y caprichosas de los que viven en ciudades. Sin los deseos de placeres y diversiones, se ocupan de un trabajo siempre igual, que les hace pasar sus dias en paz. Léjos del bullicio, de la política y de las modas, ni se afligen por los escándalos que no llegan a sus oídos, ni se sacrifican por gastos dispendiosos, ni se inquie-

tan por las revoluciones, si no es cuando las gentes de armas van a molestarlas, vejarlas ó robarlas, lo que por desgracia sucede con frecuencia. Mil ocasiones de pecar y mil peligros de conciencia, no son para las gentes del campo y de las aldeas. Por estas y otras razones se facilita el poder propagar entre ellos la moral verdaderamente católica, porque bien lo necesitan.

No es gran virtud dejar de hacer el mal, y mucho ménos meritorio es dejar de hacer algunos males. Hay tambien vicios en el campo. La incontinencia, el perjuicio mútuo, la murmuracion, la vida abandonada, y particularmente la infraccion de los preceptos de la Iglesia y la ignorancia de la doctrina cristiana. Son muy raras en los pueblos las personas que guardan religiosamente los dias festivos, dando los mas por excusa que no hay en dónde ni en qué divertirse. Más raros son todavia los que saben cuándo y cómo se debe ayunar; de qué manera se debe administrar el bautismo en caso de necesidad; é ignorando los Misterios principales de nuestra santa religion, se pierden estas almas sencillas, que en la humildad de su fortuna y de su situacion, poseen tantos elementos para salvarse, libertándose de la inmoralidad.



En estos lugares es donde mas se nota el despego de los actos religiosos, que en las ciudades suelen ser mas concurridos; no por mayor piedad y devocion, sino porque entre muchos hay gente para todo. A pesar de esta idea, causa tristeza ver en los pueblos cerradas las puertas de los templos que, si se abren para celebrar la misa los domingos y dias festivos, se hallan desiertos en las tardes, por mas que llaman las campanas a los fieles para que asistan a oír la palabra de Dios y la explicacion de la doctrina, que predica un cura celoso y exacto en su deber. Si estos pobres feligreses no ven que en sus fiestas se quemem muchos cohetes y cámaras, y se vende mucha fruta y se repican las campanas todo el dia, y se expenden muchos licores, y que la misa se acabe a las dos ó tres de la tarde, se escandalizan, se enojan y se quejan de que no hay culto en su pueblo, ó su iglesia. ¿No es doloroso que tan extraviadas se hallen las ideas en estas pobres gentes, y aun entre otras que debian ser mas ilustradas?

Pues ved aquí algunas de las muchas necesidades que están reclamando los esfuerzos, los sacrificios, los cuidados, las enseñanzas y los trabajos del propagador. Es verdad que no será fácil al de la ciudad ir al campo; pero tambien lo es que se pueden escoger de estas pe-

queñas sociedades las personas de mas talento é influencia, para que ellas disipen estos errores, rectifiquen las ideas que se deben tener de la religion, que no consiste en comidas y bebidas, y tronadas y músicas, y riñas y escándalos, sino en la recepcion de los Sacramentos en los dias solemnes, en la oracion, en las limosnas y obras de caridad, que con mayor empeño deben en tales dias practicarse. Deben escogerse de estos lugares personas que puedan formar una Conferencia, que se dediquen a enseñar la ley de Dios a los niños, a estimular a sus vecinos al cumplimiento de los mandamientos de la Iglesia; en una palabra, a ser cristianos prácticos y no cristianos de solo nombre y de exterioridades.

Los dueños de fincas rústicas, sus administradores y escribientes, las personas de sus familias, como ilustradas é inteligentes, en vez de constituirse enemigos de los señores Curas, como suele suceder, merecerán y ganarán mucho en cooperar con los párrocos en el trabajo utilísimo, hasta en lo temporal, de moralizar a sus jornaleros, proporcionándoles escuela que, pagada por el propietario, puede y debe ser de doctrina cristiana. Así será como los administradores miren a sus criados, como a los hijos de Dios; y los criados a los amos, como quien



sirve a Dios, en los que los mantienen, los cuidan y les pagan religiosamente sus jornales.

Sin despotismo ni orgullo, sin crueldad ni arbitrariedades, pueden muy bien y fácilmente, los dueños de haciendas, hacer un gran servicio a su patria, y principalmente a Dios y a la Iglesia, evitando entre sus empleados y criados pecados y vicios, que son muy comunes y perjudiciales en los campos. A sí mismos se harán el bien, porque siendo amados y queridos de sus súbditos, como verdaderos padres, no serán robados ni perjudicados, ni censurados, ni desacreditados, como vemos que lo son aquellos que no cumplen con los deberes paternales que les impone Dios.

---

## CAPITULO VI.

### LOS ARTESANOS.

De estas buenas gentes parece que se disputan el afecto hasta los partidos políticos, y muy particularmente los gobiernos democráticos, si es que los hay, ó los que quieren hipócritamente parecerlo. Un convite cada año compensa las

gabelas que pesan sobre sus talleres y establecimientos, y algunas palabras lisonjeras valen por los perjuicios que sufren los miserables, con la introduccion de toda clase de artefactos extranjeros que, siendo mejores y mas baratos, envilecen los del país, y dejan a los artesanos sumergidos en la miseria. ¡Qué dignos de compasion son los que así se dejan engañar! ¡Con qué distintos ojos, y con qué miras de caridad sincera, son ó serán vistos por el propagador, no de utopias políticas y tal vez irreligiosas, sino de la moral católica!

Los artesanos son personas mas cultas y mas capaces de un progreso moral, y aun material y positivo que las gentes del pueblo bajo. Mas desarrollada su inteligencia y en contacto mas frecuente con la gente ilustrada, son los que mas fácilmente pueden formar asociaciones útiles y cristianas. Las santas escuelas y cofradías se formaban en su mayor parte de buenos artesanos, y todavía quedan muchos individuos, no solo capaces de aceptar y conservar una buena moral, sino muy aptos para ser empeñosos y eficaces propagadores, entre sus compañeros y otras clases. Deprimidos, vejados, despreciados y pobres, como están, no se han corrompido en la generalidad, y son muy raros los individuos que han renunciado a las creencias por los se-



ductores é irónicos halagos de los demagogos y de los protestantes. Mucho es el bien que se puede hacer en ellos, y el que ellos mismos pueden hacer entre sí por este sistema de la propagacion.

Vicios hay muy comunes y muy arraigados en esta clase, que es necesario combatir. La ociosidad de los lúnes, que trae consigo el desperdicio de lo que se ha ganado en la semana anterior; la concurrencia a las tabernas y pulquerías, y por consiguiente la embriaguez, las riñas y otros pecados. La mala costumbre de trabajar las noches del sábado al domingo, y las mañanas enteras de estos, sin precaver siquiera el escándalo. Las conversaciones obscenas, tan usadas en los talleres, así como la murmuracion y las palabras ofensivas. Los hurtos en pequeño, y tambien en grande, que se hacen de los materiales que se les confían; y mas que todo, el hábito de mentir y de faltar a sus compromisos y al cumplimiento de la palabra dada, causa por la que se ocupa de preferencia a los artesanos extranjeros por mas bales y exactos. El propagador, con sus consejos debe procurar extirpar estos y otros defectos de muchos artesanos, que son para ellos tan perjudiciales en lo temporal y en lo espiritual.

Hay además un gran defecto entre los mexi-

canos, y es, que siendo tan inconstantes como somos, vemos con ojeriza toda novedad, por muy útil que sea, y no queremos salir de nuestras rutinas. Los trabajos mecánicos, por esta causa son mas penosos, dilatados y costosos; por consiguiente las utilidades del artesano son mas mezquinas. Se desprecian los libros ó manuales que enseñan por principios las artes, y nadie se toma el trabajo de estudiar algo teóricamente sobre su oficio, abundando como abundan los buenos escritos y traducciones. Este mal es una de las causas de nuestro atraso material. El que trate de combatirlo y lo consiga, aunque sea en parte, hará una grande obra de caridad que le facilite ó le dé cierto derecho y buenas oportunidades para hacer el bien moral; porque con el que se interesa por nosotros, contraemos cierta deuda de gratitud, de condescendencia y de respeto. Entiéndalo bien el propagador.

Otro error muy general. Cuando algunos jóvenes, pensando con mas juicio que sus coetáneos, que no aspiran sino a los destinos, ó cuando mas en las carreras profesionales, tengan ó no tengan talento, se dedican a aprender un arte, tal vez sin perfeccionarse en él, ahí se quedan, como si un oficio excluyera todos los demás. De aquí resulta, que caído ese oficio ó arte, el hombre se encuentra sin tener a qué recur-



rir para mantenerse, y se entrega a la ociosidad, al juego, al robo, ó cuando ménos a la mendiguez. ¿Por qué un individuo no podrá aprender tres, ó cuatro, ó mas oficios á que pueda apelar ó que pueda a un mismo tiempo ejercer? ¡Cuánto se remediaria con esto la suerte de esta clase tan numerosa de los artesanos!

De todas estas consideraciones debe aprovecharse el propagador para ayudar a sus hermanos con su ingenio, con su industria, con sus estudios, con sus observaciones hechas en países extranjeros, alentando a esta pobre clase tan deprimida y tan desgraciada en nuestra República, que se queja de falta de brazos, cuando los brazos se lamentan de falta de trabajo y del vigor que debe comunicarles un gobierno protector y sabiamente económico. Y esto sucede en los lugares y tiempos en que solo se habla de mejoras materiales, olvidando ó tratando de abelir las ciencias morales y las aspiraciones á otra vida de que no puede el hombre prescindir, como se demuestra, cuando ménos, con el temor de la muerte. La moral católica es la que únicamente sabe utilizarlo todo y hacerlo aplicable a las mejoras morales de una sociedad, que por el trabajo se libra de muchos vicios y se abre camino para practicar las virtudes.

## CAPITULO VII.

### LAS GENTES OCUPADAS.

La aversion y el desden con que entre nosotros se ha visto el trabajo material y la agricultura, que hacen felices y ricos a los pueblos, inclinan a muchos a las carreras profesionales, aunque en ellas hay tan pocas notabilidades. Con todo, es una triste confesion, que un profesor diga: que no está ocupado. Del comercio se avergüenzan ménos nuestros paisanos; pero éste, en todos ó casi todos sus ramos, se encuentra en manos extrañas, mas activas, industriosas y económicas; a pesar de esto hasta los ociosos y vagos se llaman comerciantes y gentes ocupadas. Los empleados que, cayendo unos y levantando otros, forman un balanceo continuo, efecto de las revoluciones, son muchos, y segun se dice, innecesarios; porque se plantean oficinas para acomodar partidarios, aunque no se busquen hombres aptos para los empleos; mas no hay empleado que no diga: que es muy ocupado. ¡Válganos Dios por gente ocupada! Hasta los niños alegan por excusa de ignorar la doc-



trina ó no haberse confesado a su tiempo, que han estado ocupados.

¿De qué ó en qué? Si de algo positivo, ha sido de lo material, de lo mundano. ¿Y del alma? .... Tambien; porque todos se ocupan mucho en sus gustos, en sus placeres y en su perdicion eterna. ¡Qué pocos son los cristianos, que poniendo su firme confianza en las promesas de Jesucristo, buscan con todo empeño y preferencia el reino de Dios, seguros de que lo demás lo proporcionará suficiente y abundantemente la Providencia! Así el propagador debe estar muy persuadido de esta verdad tan cierta, como olvidada, a saber: que *una sola cosa es necesaria* y todo lo demás importa poco, porque no servimos a un Dios indiferente, ignorante, pobre ó mezquino, que no sepa, que no conozca, que no pueda ó no quiera socorrer nuestras verdaderas necesidades. Sabiendo un cristiano discreto aprovechar para sí esta verdad, sabrá tambien persuadirla y hacerla sentir a los otros; de manera que no se pronuncie con tal frialdad y frecuencia esta blasfemia: *Yo no puedo cumplir ó no cumplo con las obligaciones de cristiano, por mis ocupaciones.*

No se extrañe que se califique de blasfemo este lenguaje, porque si se reflexiona un poco, se verá: que el cristiano viene a decir en sus-

tancia: «Yo no puedo ocuparme de las cosas de Dios, porque vivo buscando el sustento para mí y para mi familia;» pero este sustento ¿quién lo dá? ¿De dónde nos viene? ¿Con qué méritos se consigue? ¿Con olvidar a Dios y quebrantar sus preceptos? ¿Y debemos a nuestras propias fuerzas el manténernos y no a la Providencia? Si nos dedicamos al servicio divino ¿pereceremos? Quien tal piensa es un impío. Quien tal dice es un blasfemo.

Además, ¿quién hay tan ocupado que no tenga algunos momentos y aun horas de descanso, de sueño, de conversacion y hasta de fastidio? ¿Quién está tan metido en su trabajo material ó mental, que no pueda guardar los dias festivos? Y cuando trabajan los sentidos, ¿no pueden ocuparse en las cosas de Dios las potencias? Y cuando se anda por las calles ó caminos, cuando esperamos, cuando interrumpimos el trabajo, cuando comemos, ¿no podemos ocuparnos interiormente de Dios y de nuestra alma, en vez de vagar con la imaginacion y perder lamentablemente nuestro tiempo? No queremos, y esto es lo positivo, ocuparnos de lo principal, y por eso no lo procuramos. Los santos, en medio de mil atenciones exteriores, siempre estaban interiormente pensando en Dios y amándolo sin cesar. El que madruga un poco, meto-



diza sus quehaceres, distribuye bien sus horas, ahorra palabras y conversaciones inútiles, se industria para hacer sus cosas bien y pronto, no deja que hacer para otro día y tiene sus negocios en orden; para todo cuenta con el tiempo. Hágase la experiencia ó pregúntese a las personas que guardan estas reglas, y se verá que ninguna exageracion hay en lo dicho. El tiempo requiere mas economía que el dinero. Los codiciosos dicen que el tiempo es dinero; los santos dicen: que es breve y que es preciso emplearlo bien. Estas máximas, bien entendidas y bien enseñadas é inculcadas por el propagador, desarmarán a los descuidados de ese impenetrable escudo con que resisten a los buenos consejos, a las invitaciones piadosas, y hasta al cumplimiento indispensable de las mas rigurosas obligaciones.

Persuada el propagador a sus hermanos, que la fuerza de la voluntad todo lo facilita: que Dios no ha de desamparar al que por servirlo y por salvar su alma, desatienda un algo los negocios temporales; que al contrario, todo prospera en las manos del justo; y que si fuera necesario perecer de hambre, aun seria justo pasar por ellos, en tratándose de una vida eterna en cambio de una vida temporal. «No vivais con la pena continua de pensar qué comerémos ó qué

beberémos, ó con qué nos vestiremos: vuestro Padre que está en los cielos, sabe, que de todo esto necesitáis. Buscad primero que todo, el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.» Esta es la doctrina del Evangelio.

## CAPITULO VIII.

### LOS TÍMIDOS.

Muchos hay que no emprenden el camino de la virtud ni se resuelven a hacer una vida verdaderamente cristiana, solo por un temor infundado, fantástico, y a veces fingido. Este temor tiene distintos principios y fundamentos: falsos aquellos, nulos estos. Unos, por las ideas erróneas que se han formado: otros, por la desconfianza extremada y viciosa de sí mismos: estos, porque dicen: que las cosas religiosas son muy delicadas: aquellos, porque tiemblan a la presencia de los obstáculos que opone el mundo; y todos, porque no cuentan con los auxilios de la gracia y se apoyan en sus propias fuerzas; como si el hombre fuera capaz de tener de sí



mismo un solo buen pensamiento. Digamos algo a cada clase de estas personas cobardes.

Se engañan muy perjudicialmente los que piensan que la vida de la virtud es triste, sombría, penosa y amarga. La virtud, como es sencilla y serena, es tambien alegre, y tanto más, cuanto que libra al corazón de los remordimientos que lo entristecen y afligen a toda hora. La virtud y la vida cristiana excluyen todo pecado; mas no exigen privaciones dolorosas, ni crueles penitencias, ni tristes soledades, ni oracion continua: ni ménos exigen; al contrario, condenan escrúpulos imprudentes y ridículos, que nada tienen que ver con el temor religioso y nada molesto de desagradar a Dios Nuestro Señor. Ningun ejercicio de la vida cristiana fatiga el cuerpo, y mucho ménos el espíritu, ni agota las fuerzas, ni abrevia la vida, ni amarga el humor, ni endurece el sentimiento, ni se opone a la urbanidad, a la dulzura, á la justa condescendencia y santa amabilidad con todos nuestros hermanos. ¿La educacion, la cortesania, el buen carácter y cualquiera otra cualidad proporciona tantas ventajas y bienes como la virtud?

Otros, se excusan de seguir la vida cristiana por la excesiva desconfianza de sí mismos, fundada, tal vez, en que la han comenzado en otros tiempos y luego la han abandonado: ó porque

han visto que así ha sucedido a varias ó a muchas personas. Esto es lo mismo que si se dijera a sí mismos: « Si yo puedo tropezar, me resuelvo a no dar un paso: si puedo caer, como es muy fácil, determino nunca levantarme: si he de pecar, no quiero jamas arrepentirme: en fin, si puedo condenarme, quiero condenarme.» Estos son los sentimientos que se dejan conocer en tales personas vanamente tímidas, por poco que se reflexione sobre los efectos de su cobardía; sin que sean suposiciones infundadas ó exageradas. ¡Qué cobardía! Porque el sabio puede errar, ¿nadie ha de procurar serlo? Porque el comerciante puede algunas veces perder, ¿ninguno ha de trabajar ni comerciar? Porque muchas obras no se acaban, ¿ninguna debe comenzarse? Advertan bien los pusilánimes, que en la carrera de la virtud va el hombre miserable cayendo y levantando; pero que justamente para esta fragilidad é inconstancia humana son los sacramentos, y los consuelos y auxilios de la gracia y de la religion.

Otros, simulando un profundo respeto a las cosas santas, dicen hipócritamente: « Es muy delicada la vida espiritual. Yo mejor no me acerco á los sacramentos, porque de no recibirlos bien, más vale no recibirlos. Si yo me dedico á la virtud, ha de ser muy de veras y de-



cididamente.» Ya verá el lector y el propagador que esto es lo que realmente pasa por muchos. Pero ¿á quién se le dice que las cosas de Dios no son delicadas? ¿a quién se le aconseja que reciba los sacramentos indebida é infructuosamente? ¿a quién se le dispensa el que siga a médias y tibiamente la virtud? Los que discurren y hablan con tanta ignorancia é hipocresía, ¿dónde encontrarán quien los crea? Confiesen mas bien de plano, que no quieren apartarse de sus gustos mundanos y carnales, y no crean justificada su pereza ó su impenitencia, con exagerar, publicar y aun inventar faltas que pueden cometer los buenos; porque nunca dejan de ser hombres de carne frágil.

Otros tiemblan solo al imaginarse las dificultades que tendrán que vencer: las tentaciones que sobrevienen, que no son nuevas, sino que se sienten y se conocen, porque se les ha cerrado la puerta por donde entraban y salian sin ser apercibidas: las pasiones que hay que combatir; cuando es mas trabajoso y costoso el satisfacerlas, para que el hombre nunca quede satisfecho. Los sacrificios necesarios, cuando el mundo es mil veces mas exigente de sacrificios aun ruines y vergonzosos. El tiempo que se ha de emplear en Dios: cuando se pierde en diversiones que dejan amargura, ó en el fastidio

de la ociosidad que nos enerva. La violencia para revelar al confesor los pecados: cuando la jactancia les hace enyanecerse hasta de los que no han cometido; y el que rehusa tener un confesor, tiene tres ó cuatro confidentes. ¡Oh! seria nunca acabar con los tímidos de buena ó de mala fe.

El propagador debe conocerlos, y conocer tambien sus guaridas, para perseguirlos allí caritativamente. Desimpresionarlos y despreocuparlos; allanarles los caminos, que ellos creen intransitables; hacerles formar ideas rectas, claras, fijas y verdaderas de la virtud, siempre hermosa, siempre dulce, siempre fácil, practicable y deleitosa. Alentar a los cobardes, siempre fué propio de ánimos generosos. Alentarlos en la carrera de la santidad, es lo mas propio de un cristiano. El propagador con su persuasion, con sus obras, con los ejemplos que puede proponer, con sus oraciones y de todos los modos posibles, procure ganar para Dios esta clase de personas.